

Enrique Bunster

El proceso del Royal Exchange

I



EN la medianía de febrero de 1814, estaba al ancla en el Támesis un convoy de la Armada inglesa, esperando la orden del Almirantazgo para hacerse a la vela con rumbo a Norteamérica. En el *Tonnant*, navío de 80 cañones que debía encabezar la formación, iba a izarse la insignia del comandante Sir Thomas Cochrane, K. C. B., R. N., quien a temprana edad—38 años—alcanzaba el honor de ser promovido a la jefatura de una división.

Oficiales mayores o más antiguos se hallaban celosos de este joven que venía a aventajarlos en el escalafón, obteniendo un ascenso que no buscó. Muy justa había sido, sin embargo, la resolución de los almirantes que le encomendaron aquella comisión transatlántica. Sir Thomas tenía a su haber una carrera sensacional, que había hecho de él un héroe popular y que hacía a muchos llamarle «sucesor de Nelson», cosa que no se dijo de ningún otro as naval de su tiempo. Se abrió su hoja de servicios con una campaña en el Mediterráneo, donde, al mando de un pequeño bergantín, había capturado o destruído 50 buques españoles y franceses. Más tarde, capitaneando una fragata, dió caza a otros 33 barcos enemigos y sembró el terror en los mares que frecuentaba. En época más reciente había anotado la mayor de sus proezas, la que cimentó su fama

de invencible. Con un solo buque había hecho frente a la flota de 14 navíos y fragatas que el Emperador Napoleón tenía concentrada en Basque Roads. Una entrada nocturna en el puerto, un ataque con balsas cargadas de explosivos y un bombardeo final al amanecer, le habían bastado para reducir a escombros la última Escuadra de la Francia Imperial.

Por varios otros conceptos era el capitán Cochrane un personaje notable. Ante todo era un noble, y debía heredar de su padre el blasón de Conde de Dundonald. Su gloria naval había lo encumbrado a la dignidad de Caballero de la Orden del Baño. Político eminente, militaba en la oposición liberal (partido *whig*), y representaba en el Parlamento a los electores de Westminster. Investigador científico, trabajaba a la sazón en su invento de la lámpara de aceite, con que prometía inundar de luz los hogares londinenses. Estaba casado con Catherine Corbeet Barnes, belleza rutilante de los salones de la City, que más tarde brilló en los saraos de Santiago y de Río de Janeiro.

Llegaba así, este hombre extraordinario, a la cúspide de la celebridad y del éxito, cuando un deplorable suceso vino a detenerlo de súbito en el camino de los honores, empañando la alegría de sus mejores años y torciendo el destino de su vida.

II

Fue acusado de especulación fraudulenta, procesado con ignominia y condenado a la cárcel.

Este escándalo famoso, llamado del *Royal Exchange* o de la Bolsa de Londres, se recuerda en Inglaterra por el revuelo que produjo en todas las esferas sociales, y se cita como un ejemplo de cómo las apariencias pueden perder a un inocente hasta hacerlo culpable de un crimen que no pensó cometer.

En los días en que el futuro Dundonald ultimaba los preparativos de su expedición, Gran Bretaña y sus aliados estrechaban el cerco de bayonetas que un año después debía ahogar

en Waterloo el poderío de Bonaparte. El territorio francés había sido invadido por sus puntos estratégicos, el sur y el oeste, y todo hacía presumir que la guerra iba a entrar a sus fases finales. Como no podía menos de ocurrir, las alternativas de la contienda tenían una repercusión directa en el mercado de valores. La Bolsa de Londres vibraba como un organismo sensible a efecto de las noticias, buenas o malas, que se recibían del continente. Cada progreso de los aliados traía el alza automática de las cotizaciones, cada contraste, una baja o un movimiento de pánico. Así la victoria napoleónica de Montmirail había influido en los bonos «Omnium», haciéndolos bajar de golpe de 30 a 27 puntos; y el triunfo del otro bando en la Rothière habíalos hecho reaccionar desde 19 a 26.

Como consecuencia, la Bolsa era un hervidero de especuladores, un palenque siniestro donde rivalizaban la codicia, la inmoralidad y toda suerte de maquinaciones inconfesables. Para contener la baja cuando no les convenía, estos zorros de levita no trepidaban en recurrir al engaño y a las tretas más inicuas: se inventaban noticias optimistas para las armas inglesas, se hacía circular documentos o boletines apócrifos, y llegó incluso a distribuirse en las calles ediciones falsificadas del *Monitor*, el diario oficial, con sendos partes de victorias imaginarias.

El ingenio y la audacia de aquella gente alcanzaron la superación de todo lo anterior en la noche del 20 al 21 de febrero, al intentar un golpe que no tiene precedentes y que asombra por la inteligencia y premeditación con que debió fraguarse.

III.

Los relojes de Dover acababan de dar la medianoche y el puerto dormía bajo un manto de neblina, cuando un bergantín con bandera francesa y trapo de parlamento surgió cerca de los acantilados.

De su bordo saltó a tierra un hombre vestido con el uniforme de coronel del Estado Mayor inglés, envuelto en un capote impermeable y portando una maleta de mano. Cruzó a rápidos pasos las calles desiertas y entró a la Posada del Bu que (*Ship Inn*), pidiendo un trago fuerte y dando señales de gran nerviosidad. Josiah Keane, el posadero, debió levantarse arrebujado en mantas para atender al insólito cliente.

—«Soy el coronel Du Bourgh, edecán de Lord Cathcart»
—declaró el viajero.

Sus palabras fueron de un efecto mágico: Keane le ofreció asiento, hizo fuego en la chimenea y le sirvió el mejor *grog* de sus repisas. Lord Cathcart era uno de los generales ingleses que dirigían en el continente la campaña contra el Emperador; luego su edecán debía traer las últimas nuevas de los frentes. Keane, entre reverencias, trataba de hacerlo hablar. Pero Du Bourgh, cortante, se limitó a decir:

—«Las noticias que llevo son importantísimas, pero tengo prohibición del general de revelarlas al público. . . Deme recado de escribir y busque una silla de posta para viajar a Londres dentro de media hora».

Sentado a una mesa, el coronel escribió con caracteres nerviosos una carta de media hoja:

«Dover, a la 1 A M.

Febrero 21 de 1914.

«Al Honorable D. Foley,

Comandante Naval del Puerto.

Señor:

Tengo el honor de participar a Ud. que el «Aigle», procedente de Calais, capitán Pierre Duquin, acaba de dejarme cerca de Dover, en mi viaje a la capital, adonde voy con despachos de

la índole más feliz. He prometido por mi honor a los tripulantes de este barco que no serán molestados; navegan con bandera de paz y se harán inmediatamente a la mar. Si fuesen interceptados, me vería en la precisión de interceder ante Ud. para que les dejen libres.

«Mi ansiedad no me permite decir para el regocijo de Ud. sino que los aliados han obtenido la victoria final. Bonaparte ha sido alcanzado y derrotado por los Cosacos, y su cuerpo hecho pedazos. Los aliados están en París».

Estampó su firma y pidió un mensajero para que llevase la misiva a casa del Almirante. Procedió de manera que el posadero y el cochero se impusiesen de su contenido... El resultado no se hizo esperar. Una hora más tarde toda la población estaba despierta y los vecinos corrían por las calles como enloquecidos cambiando congratulaciones. ¡Napoleón muerto! ¡La guerra ha terminado!

El Almirante Foley saltó de su lecho tan pronto hubo leído la nota de Du Bourgh. También él perdió el dominio de sí mismo. Entre denuestos preguntaba por qué el coronel había seguido a Londres sin dejarle conocer los pormenores del suceso. Nuevas maldiciones le brotaban cuando miró hacia afuera por la ventana. Con aquella neblina maldita no podía utilizarse el heliógrafo (telégrafo de señales) para transmitir la noticia a la capital. Hubo de recurrir a un expreso, que recibió por todo mensaje la propia carta de Du Bourgh y que partió a revienta cinchas por los caminos enlodados.

IV

Cuando el expreso llegó a Londres por la mañana, después de correr toda la noche, el Gobierno nada sabía de Du Bourgh, pero ya tenía conocimiento del rumor proveniente de Dover. Era indudable que el coronel había ido esparciendo la nueva en todos los relevos de la posta,

La capital de Inglaterra se estremeció hasta los suburbios a la voz de su caída del gran enemigo. Las escenas del puerto se repitieron aumentadas en las calles y plazas de la vieja *Londinium*. ¡La victoria y la paz al cabo de tantos años de lucha!...

A las 11 de la mañana, un carro adornado con festones de laurel pasó el puente de Blackfriars llevando a dos personajes que lucían los uniformes de oficiales franceses y que entre gritos de «¡vivan los Borbones!», repartían a la multitud escarapeles blancos y boletines de la batalla.

La fausta noticia había volado hasta Auckland, y el pobre Luis XVIII, exilado allí con sus cortesanos, alcanzó a ordenar un brindis oficial y una misa en acción de gracias.

La Bolsa, a aquella hora, se hallaba atiborrada de una masa compacta de especuladores; y era tal el griterío, que nadie oía a nadie. Una sola palabra—Napoleón—podía distinguirse en medio del barullo... Los «*Omnium*» empezaron a subir: 31, 32, 33. El alza se producía a saltos, y parecía que los bonos iban a irse a las nubes, cuando una incidencia inesperada vino a paralizar la rueda como por obra de magia. Un funcionario que se abría paso a empujones, informaba que el Gobierno acababa de hacer una declaración expresando no saber aún nada de Du Bourgh ni de sus despachos. El misterioso coronel se había hecho humo. Tampoco se tenían informaciones de otras procedencias. Los bolsistas estaban perplejos. Por unos momentos reinó entre ellos un silencio de muerte.

Por la tarde el enigma seguía en pie. Entonces todo el mundo cayó en la cuenta: se trataba de un engaño tramado para provocar el alza artificial de los valores.

La indignación general se desbordó como una ola. «Fue el día más desastroso en la historia de la Bolsa inglesa», dice un autor. El *Times* del día siguiente, en columna editorial, calificaba el hecho de «infame fraude», urgía el mayor celo en la búsqueda de los delincuentes, y pedía para ellos la pena de la picota. Los directores de la Bolsa organizaron un comité para

descubrir a los culpables. Se ofreció una recompensa de 250 guineas a quien lograra individualizarlos.

Muy pronto, al examinar los libros de los *stock brokers*, (corredores de acciones), se tuvo una pista: seis tenedores de «Omnium»—el parlamentario Andrew Cochrane Johnstone, su sobrino el capitán Thomas Cochrane y los señores Richard Butt, Jhon Holloway, Ralph Sandom y Peter McRae—habían vendido sus papeles durante el alza.

Estos seis hombres, o algunos de entre ellos debían dar la clave del fraude.

V

Desde el primer momento, la opinión se resistió a admitir que el héroe de Basque Roads estuviese implicado en el *affaire*. Su triple dignidad de noble, de líder político y de campeón de la Marina, lo ponían al abrigo de la sospecha. Poseía £ 130 mil en «Omniums» y su agente, Horacio Fearn, sólo había vendido una parte y cumpliendo una orden recibida tres meses antes.

No ocurría lo mismo con el otro Cochrane, que era un sujeto excéntrico, jugador de hípica y especulador profesional; ni con Butt y McRae, individuos oscuros y de escasas vinculaciones.

Pero he aquí que las circunstancias vinieron a echar la culpa al hombre que precisamente parecía estar más lejos de tenerla.

Las averiguaciones de la policía fueron coronadas por el hallazgo del cochero que trajo a Du Bourgh desde Dover hasta Londres. Interrogado por los detectives, declaró haber dejado al supuesto edecán en el N.º 13 de Green Street, a la puerta del domicilio del capitán Cochrane.

Este descubrimiento hizo volverse contra él toda la ira del público. La prensa le atacó sin consideraciones; en la calle apa-

recieron carteles insultantes para su honor. En balde aseguraba no conocer a nadie de nombre Du Bourgh.

—«En la mañana del 21», decía, no tuvo otra visita que la del señor De Berenger, capitán del Ejército».

La hipótesis de que Du Bourgh y De Berenger fuesen una sola persona, cobró fuerza cuando los *policemen* hallaron en el río una casaca de coronel. El cochero dijo reconocerla, y con esto se dió por sentado que Berenger había llegado a la ciudad con disfraz de nombre y de ropa.

Mientras la Scotland Yard se lanzaba en su busca—pues naturalmente Berenger había desaparecido—Butt y Andrew Cochrane publicaban en la prensa enérgicos artículos de auto-defensa, llegando a amenazar con juicio criminal a quien se atreviese a atribuirles culpabilidad.

Thomas Cochrane elaboró también un manifiesto, y lo dió a la publicidad en los diarios del 11 de marzo. Explicaba en él cómo se produjo la venta de sus bonos. «Había dado orden a mi agente de venderlos cuando viese un beneficio seguro, y, en efecto, fueron vendidos cuando la falsa noticia hizo subir los bonos». En otras palabras, la venta se hizo sin que Cochrane lo supiese, ya que el corredor, al formalizarla, había procedido obedeciendo instrucciones de fecha muy anterior. A cualquier tenedor de «Omniums» pudo sucederle lo mismo.

La seriedad de la operación era abonada además por el prestigio del agente Fearn, uno de los más antiguos y mejor reputados de la Bolsa.

Pero había en el manifiesto algo aun más honroso para su autor, y era que ponía perfectamente en claro la culpabilidad del prófugo. Berenger (o Du Bourgh, que es lo mismo), habíase presentado en su casa con el pretexto de solicitarle un empleo a bordo de su buque, hallándose en extrema necesidad y demandado por deudas. Berenger entonces llevaba el uniforme de Carabinero Real de casaca verde, lo que hacía suponer que se había mudado en el camino, tirando al río, desde el co-

che, la casaca roja de coronel que encontró la policía. (Recuérdese que traía una maleta de mano). A la vista de Cochrane, el pseudo edecán tomó un segundo disfraz, esta vez el de paisano. La nueva indumentaria consistía en una levita y un sombrero de copa, y fué el propio dueño de casa quien se la facilitó, accediendo a los ruegos de Berenger, quien se manifestaba temeroso de que sus acreedores lo reconociesen si se exhibía con ropa de militar. Hecho el cambio de su tenida, el visitante se retiró, conviniendo en que Cochrane gestionaría esa tarde su enrolamiento en la escuadrilla... Desde entonces no había vuelto a saber de él.

Esta exposición devolvió su crédito a Sir Thomas en grandes sectores de la opinión. El pueblo, que tantas veces había aclamado sus hazañas, nunca dudó de su inocencia. Veía en él a un hombre de buena fe, cuya espontaneidad había aprovechado un farsante para despistar a la justicia. Sólo una minoría, la de sus adversarios políticos y rivales de la Marina (Cochrane tenía terribles enemigos a causa de sus campañas contra la inmoralidad administrativa), persistían en culparlo y esperaban que el proceso le acarrease una condena.

Casi conjuntamente con De Berenger, habían emprendido la fuga Andrew Cochrane, Butt y McRae. De los supuestos borbonistas del puente de Blackfriars tampoco había rastros.

No tardó, sin embargo, en caer sobre estos hombres la garra de la Scotland. El día 8 de abril, en un puerto de Escocia, fué capturado De Berenger, cuando se embarcaba en un buque holandés con destino a Rotterdam. Llevaba puestos la levita y el sombrero de su benefactor. Con diferencia de horas, en Folkestone, fué aprehendido Richard Butt, cuando se disponía a embarcar para Boulogne con pasaporte falso.

Andrew Cochrane era el único que había logrado escapar al extranjero, y nunca pudieron dar con él.

La culpabilidad de Berenger quedó rápidamente comprobada. El posadero de Dover y el cochero de la posta identifi-

caron en él al «coronel Du Bourgh» que habían conocido en la Posada del Buque el 21 de febrero. Isaac Salomón, un sastre militar de Charing Cross, reconoció la casaca encontrada y dijo habérselas vendido a De Berenger «para una fiesta de disfraces».

Dos meses después de su captura, el 8 de junio, se abrió el juicio; uno de los más sonados que recuerdan las crónicas inglesas. De Berenger no negó su delito, y tuvo la nobleza de manifestar su pesar por que se mezclase a Cochrane en el proceso.

—«El nada supo de este asunto cuando yo lo visité», dijo; y toda su falta es haberme prestado generosamente la ropa que le pedí».

Con todo, Cochrane Thomas fué llevado a la barra de los acusados.

VI

La aristocracia londinense, los líderes de la política y los jefes de la Armada acudieron al tribunal, llenándolo hasta los pasillos, para presenciar la absolución o la condena del hombre que hoy nombraba toda Inglaterra. Porque es exacto que este suceso lamentable le atraía al futuro Lord y Conde más fama y respeto que la mejor de sus victorias en el mar.

El juicio duró trece días y fué un espectáculo continuo por el calor de los alegatos, por la pasión de la concurrencia y la diversa conducta de los acusados, como el abatimiento de De Berenger y la altivez de Cochrane, imponente allí cual a bordo de sus naves, en este combate contra la fatalidad.

Pocas esperanzas tenía de salir airoso desde que el Justicia Mayor, Lord Ellenborough, era su enemigo político irreconciliable. Todos los argumentos de su defensa rebotaban contra la hostilidad secreta, pero visible, de este árbitro de su suerte. En el fondo el proceso era la revancha del partido *tory*

en contra del *whig*, que tan despiadados ataques le dirigiera en el Parlamento por boca, precisamente, de este Cochrane. Autores de probada imparcialidad han sostenido que Ellenborough buscaba la perdición del acusado y que estorbó en todo lo posible el trabajo de su defensor. No de otro modo puede explicarse el que tocase a Sir Thomas el peor castigo, cuando justamente fué él, de entre todos los procesados, el que alegó mejores razones en pro de su inocencia.

—«Vuelvo a repetir, declaraba, que mi corredor vendió sólo una parte de mis papeles, y a un precio muy inferior al del tope del alza. Está comprobado que mi beneficio en la venta ha sido pequeño: apenas el 1%, cuando otros otros ganaron el 5. De haber participado en el fraude, de haber sabido que los bonos tenían que subir mucho más, ¿qué me hubiera impedido esperar media hora y ordenar la venta total?...»

Fearn, el corredor, confirmaba esta declaración exhibiendo los libros de su contabilidad, donde estaba la historia del negocio. Y bajo la fe de su prestigio y de su juramento sobre los Evangelios, volvía a decir que la venta había sido hecha por su propia iniciativa y sin que su cliente lo supiese, porque procedía ciñéndose a sus instrucciones de «vender cuando haya alza», y tales órdenes databan de tres meses antes del día en fueron cumplidas.

Para la inmensa mayoría del público, era evidente la limpieza de la operación. Mas para Ellenborough y sus *tories* estas circunstancias no probaban nada. Bien podía Cochrane haber tenido conocimiento del *affaire* con aquella anticipación, y ordenado una venta parcial para cubrir las apariencias... Todo pueden concebirlo las mentes de mala fe.

VII

Nada más que un antecedente podía pesar en desfavor de Thomas Cochrane, y eran sus relaciones de amistad con su tío

Andrew y con Butt. Por desgracia para él, y según su propia confesión, en la mañana del escándalo había tomado desayuno con los dos en casa del primero.

Detalle importantísimo para los que deseaban probar su complicidad. Pero Cochrane explicaba a qué había ido allí. Se reunían para ir a una fábrica situada en la vecindad, donde debían hacerse las pruebas de su lámpara de aceite, invento que interesaba a sus amigos como un posible negocio industrial.

También era Cochrane—fatalidad suya—amigo o conocido de De Berenger, y el aciago 21 de febrero había aparecido recomendándolo al Almirantazgo para ocupar un puesto en su buque...

¡Tres de los acusados habían estado con él en los momentos mismos en que la falsa noticia hacía subir los «Omnium»! ¡Y él y los tres, los cuatro, eran tenedores de «Omnium» y habían vendido con utilidad!

¿Podía el Justicia Mayor, odiando a Cochrane, no aferrarse a la convicción de que fuese tan culpable como los otros?

Los *whigs* y los múltiples partidarios de Sir Thomas veían su salvación imposible.

VIII

Debió relatar con lujo de pormenores el encuentro de aquel día con De Berenger, insistiendo en los términos de su manifiesto a la prensa.

—«A eso de las 11 de la mañana, hallándome con mi tío y Mr. Butt en la fábrica, recibí unas líneas escritas en un pedacito de papel, en que se me pedía volviese inmediatamente a mi casa. La firma estaba en el borde del papel y no pude entenderla. Mi sirviente, portador de este mensaje, me dijo que era un oficial del ejército. Creyendo que pudiese venir de España y traerme noticias de mi hermano, que estaba sirviendo

allí, regresé prontamente a casa. Al llegar encontré al capitán De Berenger, quien con gran desasosiego me dió explicaciones por la libertad que se había tomado, diciendo que lo hacía por las graves dificultades en que se hallaba. Todas sus expectativas habían fallado, y sus esperanzas de ser empleado en América se habían desvanecido. Me contó que debía £ 8,000, no teniendo cómo pagarlas, y me pidió que lo admitiera a bordo de mi división. Se ofrecía como instructor y perito de armas de fuego, y exhibía muy buenos certificados de competencia.

«Me sentí conmovido por su desgracia, y teniéndole por un hombre de talento y de saber, le dije que haría por él lo que de mí dependiese. Sin embargo, le expresé que no podía darle ocupación sin consultar a mis superiores. El capitán De Berenger me dijo que, no sospechando que su petición hallaría la menor dificultad, había creído que podía irse inmediatamente a bordo, y que con el traje de militar que llevaba, no podría ir a ver a ninguno de sus amigos ni volver a su alojamiento sin despertar sospechas, por cuanto se hallaba bajo carcelería: y tomándose por esto mayor libertad, me pidió que le hiciera el favor de prestarle un sombrero de paisano para ponérselo en lugar de su gorra.

«Le dí uno que tenía en el cuarto contiguo. Ahora bien, como su uniforme se dejaba ver en su casaca, le facilité una levita negra que estaba sobre una silla y que yo tenía en uso.

«El envolvió su uniforme en un pañolón, y poco después se despidió con grande inquietud, salió y tomó el coche en que yo había vuelto y que olvidé despachar».

Este había sido todo su contacto con el pretendido coronel Du Bourgh. No hablaron de ningún otro asunto, y no volvió Sir Thomas a ver a De Berenger hasta el momento en que se encontraron en la sala del proceso.

El propio Berenger sostenía que aquella era la verdad... Pero ni este testimonio, ni todos los otros que concurrían a

defenderlo, pudieron modificar la posición del jurado: Cochrane era culpable.

IX

Los acusados comparecieron ante el juez Le Blanc para oír los fundamentos del fallo y la sentencia condenatoria.

«Volviéndose a Lord Cochrane», reza el acta, «el juez manifestó que sentía pena de ver que una persona cuyo alto rango, educación, posición y nacimiento y las honorables distinciones que había recibido del soberano y de la gratitud nacional por sus honrosos y heroicos servicios, apareciese mezclada con una banda de depredadores de la peor y más baja especie.

«Pero por lo mismo que él posee tantas distinciones y este rango en la sociedad», agregó, «ha sido más culpable en asociarse con estos criminales ordinarios para cometer un delito cuya preparación ha sido un acto desgraciado y cuya perpetración tiene un carácter indecente».

X

En seguida el juez dió lectura a la sentencia:

—«Vos, Sir Thomas Cochrane, vulgarmente llamado Lord Cochrane, y vos Richard Gatbone Butt, pagaréis al rey una multa de mil libras esterlinas.

«Vosotros, Sir Thomas Cochrane, R. G. Butt, John Holloway, Ralph Sandom, Peter McRae y Carlos R. de Berenger, estaréis en estricta privación durante doce meses completos; y vosotros, Sir Thomas Cochrane, R. G. Butt y J. Holloway, permaneceréis en prisión hasta que paguéis vuestras multas respectivas.

«Durante este período de prisión, vosotros, Sir T. Cochrane, R. G. Butt y C. R. de Berenger, seréis puestos en la picota durante una hora frente del *Royal Exchange*».

Al oír estas últimas palabras, el capitán Cochrane emitió un justo comentario:

«Este fallo no me deshonra a mí; deshonra a Inglaterra».

XI

Los reos fueron llevados a la prisión de *King's Bench*; y así Thomas Cochrane, héroe nacional del Imperio, quedó reducido a la condición de presidiario. «¿Cuándo, en la historia inglesa, se pregunta un autor, una figura tan orgullosa había sido más humillada?».

Su condena conmovió a todo Londres, y cuando se supo que iba a ser expuesto en la picota, en plena calle, ardió de alto abajo de la sociedad un sentimiento de indignación y de rechazo. Esto ya no era un castigo ni un escarmiento: era una iniquidad y un inmenso error.

Hubo clamores en la prensa y un *meeting* en Oxford Street, en que el ilustre preso fué vitoreado. Personajes insignes intercedieron por él ante el Gobierno. La princesa Carlota fué a verlo a la prisión en visita de simpatía. Sir Francis Burdett, su compañero de Parlamento, previno a las autoridades que si Cochrane era exhibido en el *pillory*, él se exhibiría a su lado para protestar de aquella ignominia.

La Cámara de los Comunes había empezado a preocuparse de la cuestión, cuando el ministro Lord Castlereagh anunció que el Príncipe Regente acababa de indultar a los reos de la pena infamante. (Más que por clemencia, por temor a un tumulto seguro).

El pueblo había hecho pesar su voluntad.

Pero si se libró de la picota, el futuro Almirante de Chile no escapó a otros ultrajes. El Parlamento, por 140 votos contra 44, lo declaró expulsado de su seno. El Almirantazgo borró su nombre del escalafón de la Marina. Su insignia de Caballero del Baño fué sacada a la calle a puntapiés, desde

su depósito de la capilla de Enrique VII, en señal de degradación.

Y su bandera de comandante de escuadrilla descendió, como un símbolo, desde los masteleros del *Tonnant*...

XII

Tan rudos golpes no quebrantaron la moral ni la entereza de Cochrane. Antes bien, desafiando la saña de sus carceleros, anunció que no pagaría la multa de las mil libras, aunque le tuviesen entre barrotes por el resto de su vida.

Y efectivamente no la pagó.

Una espontánea suscripción popular—nuevo gesto del pueblo—se adelantó a reunir a aquella suma para librar al prócer de la prisión a perpetuidad.

Estas manifestaciones de adhesión debían decirle algo a la conciencia de Ellenborough... Y por si aun no fuesen bastantes, he aquí la estocada definitiva:

En las nuevas elecciones para la Cámara de los Comunes, los *whigs* de Westminster lanzan otra vez la candidatura de su antiguo representante, y Thomas Cochrane obtiene la victoria por mayoría abrumadora de votos!

El Parlamento ya no osó expulsarlo, temeroso de esta popularidad que amenazaba convertirse en un peligro.

XIII

Pese a la reelección, el reo siguió en *King's Bench* hasta enterarse la condena prescrita. Sus admiradores pasaron frente a la prisión vivándolo por su triunfo y pidiéndole que exigiese la revisión de la sentencia...

Historia tan bullada no podía tener sino un epílogo emocionante, digno también de su gran protagonista. Corriendo el mes de marzo de 1815, el ex capitán irrumpió en la Cámara,

dejando helada a la concurrencia, y subió a los bancos de su partido. Se había fugado de la prisión, nadie sabe cómo, y con tonante voz empezó inmediatamente a hablar. Su discurso era una acusación contra sus jueces y un llamado a la cordura de los poderes públicos para que promoviesen la reivindicación de su causa.

Fué escuchado con atención y saludado al final con una salva de aplausos por sus amigos. Pero los *policemen*, que estaban al acecho, lo rodearon en seguida para sacarlo de la sala y devolverlo a su cárcel.

XIV

Estuvo allí hasta el 8 de junio, fecha en que sus doce meses se cumplieron. Al salir de nuevo en libertad, se hallaba enfermo y casi completamente arruinado.

Sus esfuerzos por conseguir la revisión fueron inútiles. Sólo después de sus días, en 1876, su hijo logró que el proceso fuera examinado por jueces y peritos imparciales; y pudo demostrar al mundo, con la fe de centenares de documentos, que su padre había sido inocente.